

bam
bú

EL ASUNTO GALLINDO

FERNANDO
LALANA



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2008, Fernando Lalana
© 2008, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Sexta edición: octubre de 2013
ISBN: 978-84-8343-038-5
Depósito legal: M-13.394-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

14. Un pequeño detalle _____	9
6. Galindo ha desaparecido _____	12
7. En acción _____	29
8. Paradojas _____	34
9. Pendular _____	44
12. Entre cipreses _____	52
13. <i>Requiescat in pace</i> _____	65
15. Doña Elisenda _____	69
16. Gemelos idénticos _____	75
17. Una viuda excelente _____	79
18. Quinientos kilos _____	84
19. Mi sospechoso favorito _____	89
20. Sin pistas _____	93
21. Clasificados por palabras _____	100
22. Selección de personal _____	103
3. Lobo _____	110
23. Mercedes automático _____	116
24. ¡Chsst! _____	121
25. Cruz Roja _____	123
4. Airbag _____	126
26. San Jorge _____	129
5. Marlasca _____	132

27. A salvo	135
28. Neurosis obsesiva	137
29. Astillas	140
2. ¡Fuego!	144
30. Crespones negros	148
31. Entrevista con el fantasma (1)	151
1. Un buen momento	155
32. Entrevista con el fantasma (2)	158
10. Por sorpresa	166
11. A tiro limpio	170
33. Entrevista con el fantasma (3)	174
34. Café con pólvora	178
35. Testamento	181
36. Cuestión de prestigio	184
Epílogo	190

Nota previa

La numeración de los capítulos indica el estricto orden cronológico de los acontecimientos, pero el autor ha variado ese orden para mejorar la intriga. Como algunas otras grandes obras de la historia de la Literatura universal, esta novela puede leerse siguiendo ambos caminos. El autor, claro, recomienda leer el libro tal y como está compuesto, que para eso se ha tomado la molestia de hacerlo así.

14. Un pequeño detalle

Alhama de Aragón.

Miércoles, 11 de septiembre. 23:10 horas.

Lo había conseguido. Había encontrado a Serafín Galindo. Yo solito. Se me humedecieron los ojos al tiempo que sentía deseos de gritar ¡eureka! Sí, eureka. Significa «lo encontré» en griego clásico. Cuentan que el gran Arquímedes salió desnudo a la calle, dando saltos y gritando ¡eureka! tras descubrir, mientras se daba un baño, el principio físico que lleva su nombre... Pero esto no tiene nada que ver conmigo ni con esta historia. A veces, aún siento el influjo de esa parte de mí que se quería dedicar a la enseñanza; y no puedo permitirlo. Es algo que quedó atrás, que pertenece ya al pasado.

No, amigos, ya no soy profesor universitario. Me llamo Fermín Escartín y soy detective privado.

Entonces era un novato; tan novato, que apenas hacía cuarenta y ocho horas que había aceptado mi primer trabajo. Y, asombrosamente, esa primera investigación acababa de desembocar en el éxito más absoluto. Yo mismo me sentía perplejo. Hércules Poirot y el inspector Maigret, juntos, creo que no lo habrían podido hacer mejor.

¿Era posible que tuviese un don? ¿Que hubiese nacido superdotado para la investigación criminal y no lo hubiese sabido hasta entonces? Casi podía sentir un cierto temor de mí mismo. Que un detective recién escudillado resuelva a las primeras de cambio y casi sin esfuerzo un enigma de alcance nacional con una brillantez fuera de toda duda, no podía considerarse, simplemente, fruto de la casualidad.

Sentí que mi vida cobraba un nuevo sentido tras una larga temporada de aciagos acontecimientos que habían convertido mi existencia en una especie de adaptación televisiva de las obras completas de Charles Dickens.

En ese instante, por primera vez en mucho tiempo, me sentí absolutamente feliz. Tan dichoso y satisfecho, que tomé la decisión de que, en cuanto regresase a casa, escribiría una carta de agradecimiento a los responsables de la Academia CEAC. Su «Curso teórico-práctico de investigador privado por correspondencia» realmente funcionaba. No era una filfa, como tanta gente podría suponer. No había publicidad engañosa, promesas incumplidas, letra pequeña ni crueles desengaños. ¡Nada de eso! Todo había resultado tan fácil y divertido como prometía el folleto. Para lograr el triunfo bastaba con seguir los pasos que el método CEAC

proclamaba desde su primera lección: documentación, deducción, acción. Y, en un pispás, visto y no visto, asunto resuelto; y a presentar la factura.

Así lo había hecho y allí estaba el resultado, incontestable: tenía ante mí a Serafín Galindo, el famoso industrial multimillonario desaparecido días atrás, buscado por todos los reporteros sensacionalistas del país y por la mitad de la policía española.

Era él, sin asomo de duda, pues así lo aseguraba aquella inscripción grabada en piedra, con nombre y dos apellidos.

Sin embargo, en medio de tanta satisfacción, algo me preocupaba, impidiéndome disfrutar plenamente del éxito. Quizá mi nueva mente de detective me hacía ser excesivamente cauto pero, como había oído decir en infinidad de telefilmes de intriga, allí había algo que no encajaba. Dos piezas del rompecabezas seguían sin encontrar su lugar. Dos pequeños detalles, seguramente sin importancia, pero a los que no lograba dar completa explicación.

Por un lado, todos los indicios –la lápida de mármol, la losa, la cruz con la inscripción RIP– abonaban la teoría de que el hombre más buscado de España, lamentablemente, había fallecido.

Por otro lado, y quizá lo más desconcertante: si la aritmética que aprendí en la escuela primaria no me fallaba, Serafín Galindo Carriedo llevaba muerto cincuenta y siete años.

6. Galindo ha desaparecido

Zaragoza.

Martes, 10 de septiembre. 10:30 horas.

Por increíble que pueda parecer, toda aquella apasionante aventura había empezado para mí apenas cuarenta y ocho horas antes, en la mañana del día anterior.

No hacía ni veinte minutos que Nicolás, el cartero de mi distrito, me había entregado en un sobre acolchado mi nuevo y flamante diploma de detective privado. Llevaba más de una semana esperando el envío y, cuando escuché el timbre de la puerta, supe que había llegado el momento y troté como un gamo, pasillo adelante, con el corazón haciéndome cabriolas en el pecho.

12 En efecto, al abrir la puerta encontré al funcionario de Correos y Telégrafos, con su profesional sonrisa en la boca,

sosteniendo mi título entre las manos en una imagen que, supongo, ya nunca se borrará de mi memoria.

–¡Enhorabuena, Fermín! –me dijo, arrastrando mucho la última sílaba–. Ya eres, oficialmente, un detective privado. Como los de las novelas de indios y vaqueros.

En lugar de corregirle la comparación –que es lo que habría hecho en mi época de profesor–, me eché en sus brazos y le besuqueé las mejillas.

–Gracias, Nicolás, gracias... Es la mejor noticia que he recibido en los últimos meses. La única buena noticia, en realidad.

Entre ambos, lanzamos vivas a voz en cuello a los fundadores de la Academia CEAC, a sir Arthur Conan Doyle y a don Marcial Lafuente Estefanía. Luego, recogí mi diploma de manos de Nicolás con la misma emoción con que hubiese recogido la Copa Davis de las manos de Carolina de Mónaco.

Lástima que no hubiese fotógrafos para inmortalizar el momento.

–Esto me hace entrever una luz al final del túnel –afirmé, con lágrimas en los ojos.

–¿Una luz? –preguntó el cartero–. Pues háztelo mirar, porque lo mismo le pasó a mi cuñado y resultó ser un pinzamiento en el nervio óptico.

–No, hombre. Lo de la luz es un símil. Una metáfora.

–¿Eh?

–Quiero decir que, en este instante, comienza para mí una nueva vida. Y tú has sido el mensajero; *el heraldo* del cambio. ¡Muchas gracias, Nicolás!

–De muchas gracias, nada –replicó él, sacando el bloc de los certificados y su bolígrafo Bic–. Son mil novecientas pesetas¹, del reembolso.

Pagué a regañadientes, lanzando mis primeras maldiciones como detective y, tras cerrar la puerta, me abracé al sobre de burbujas.

Ni siquiera cuando terminé mis estudios universitarios me había sentido tan satisfecho. A partir de ese momento, yo ya podía, oficialmente, ejercer como investigador privado.

Diez minutos más tarde, me encontraba atornillando a mi puerta una placa que decía...

FERMÍN ESCARTÍN
Detective privado diplomado

... que había encargado en la droguería de la esquina a comienzos del mes pasado, tras enviar a la central de la CEAC el examen final del curso.

Justo en el momento en que terminaba de apretar a fondo el último tornillo, se abrieron las puertas del ascensor y, del interior de la cabina, salió la última persona que yo habría esperado ver aparecer en aquellas circunstancias.

Bueno..., bien pensado, quizá la última habría sido el bailarín ruso Mijail Barishnikov; pero después de Barishnikov, podría jurar que aquel inesperado visitante era mi siguiente opción.

¹ En el tiempo de la acción, la moneda oficial en España aún era la peseta. Un euro equivale aproximadamente a 166 pesetas.

El recién llegado cruzó el rellano de punta a punta, se detuvo a cincuenta centímetros de mi espalda y carraspeó para llamar mi atención.

Cuando me giré para verle la cara, no puede evitar un sobresalto.

–¡Ah! –exclamé–. ¡Gumersindo! ¡Por Dios, qué susto me has dado! ¿Qué diantres haces aquí?

Gumersindo Llamazares había sido uno de mis compañeros de bachillerato en el colegio de los jesuitas. Al contrario que yo –que, modestia aparte, era considerado por mis profesores como una repelente lumbrera–, Gumersindo tenía fama de ser un muchacho estudioso y trabajador, pero de escasas luces intelectuales. Eso que antes se denominaba «un alumno aplicado». Un tipo mediocre, para decirlo sin rodeos. Por eso, al cumplir los catorce años, Gúmer colgó los libros y entró a trabajar como chico de los recados en una agencia de seguros.

Pues bien, según mis noticias, al día de hoy, tan solo quince años después de haber abandonado los estudios, mi antiguo compañero de bachillerato elemental era delegado regional de una compañía multinacional de seguros y, sin duda, acumulaba en su cuenta corriente más dinero del que yo ganaría en toda mi existencia, salvo inesperada ayuda en forma de gordo de Navidad o de herencia de pariente rico y desconocido.

Y es que la vida, en ocasiones, ejecuta unas cabriolas que no las supera ni un caballo jerezano.

–¡Mi querido y admirado Fermín! –me saludó Gumersindo, con un tonillo sardónico que me llenó la boca de bilis, al tiempo que abría los brazos de par en par–. ¿Cómo te va la vida, portento?

Pese a llevar casi tres lustros sin verle, lo habría reconocido al primer vistazo, incluso aunque hubiese aparecido disfrazado de oso polar. Gumersindo tenía un algo inconfundible e inolvidable. Quizá fuera el nauseabundo olor de la loción para el afeitado que utilizaba desde que a los trece años comenzó a rasurarse el bigotillo. Solo tuve que realizar el pequeño esfuerzo mental de cubrirle la amplia calva que ahora lucía, para recomponer en mi memoria sus facciones de adolescente problemático y acomplejado, apenas ocultas tras su actual rostro de triunfador, bronceado a golpe de rayos UVA.

–¡Qué grata sorpresa! –exclamé, falsamente alborozado, tendiéndole la mano–. ¡Qué alegría! ¿Qué te trae por aquí?

Él sonreía. Sonreía continuamente y con una sonrisa que le llegaba a las patillas. Eso terminó de desconcertarme porque, en los ocho años de Educación General Básica que cursamos juntos, yo lo vi sonreír tan solo en dos ocasiones. Una de ellas, cuando el padre Emerenciano, nuestro profesor de Geografía, se cayó rodando por las escaleras del púlpito de la iglesia del colegio y se fracturó el maléolo.

–Por auténtica casualidad, me he enterado de que has decidido iniciar una nueva aventura profesional –fue su respuesta.

–Así es –confirmé, abriéndole la boca con la bocamanga del jersey–. Hoy empiezo a ejercer, precisamente.

Los ojillos de Gumersindo chispearon.

–Con sinceridad, me costó creerlo, Fermín; no sospechaba que tuvieras vocación de detective privado. Siempre

te imaginé dando clases de teoría económica en la Universidad de Columbia. O investigando sobre la cirrosis hepática, con las cuencas de los ojos pegadas a un microscopio.

El tono de su conversación seguía siendo atrozmente sarcástico, así que decidí contraatacar con toda mi sinceridad.

–Eso ya lo probé, Gúmer, y no pude con ello. He pasado los últimos diez años en la Facultad de Letras, primero como estudiante y luego como profesor no numerario; pero lo he dejado. Las intrigas universitarias han resultado demasiado crueles para mi carácter. Ahora, la única vocación que me queda es la de superviviente. Ya no pretendo escribir un libro de ensayos, ni ocupar plaza de catedrático. Me conformo con comer caliente todos los días y tratar de ir pagando mis abundantes deudas sin contraer otras nuevas; y para ello, ya te digo, he decidido tirar por la borda mi académica y aburrida vida anterior y probar suerte como detective. ¿Qué te parece?

Gumersindo sonrió, una vez más, lo que se me antojó inaudito.

–Me parece estupendo, Fermín –dijo él–. Aunque los rumores que me han llegado sobre las razones de tu decisión son ligeramente distintos.

–Si no te explicas mejor...

–Un pajarito me dijo que no habías dejado la Universidad por decisión propia..., sino que te habían echado a patadas por insolentarte con tu jefe.

«Dios mío, cómo corren las noticias en el mundo moderno», recuerdo que pensé. Hace años, podían desaparecer diez millones de litros de aceite sin que nadie se enterase.

Hoy en día, ni el más leve escándalo puede aspirar a permanecer en secreto.

Suspiré hondo y sonreí yo también, tratando de quitarle importancia.

–¡Bah, bah, bah...! No fue exactamente así, Gúmer. No me importa reconocer que mantenía disensiones irreconciliables con el catedrático Malumbres sobre el correcto uso del pluscuamperfecto de subjuntivo. Pero de ahí a afirmar que me insolenté con él, media un abismo. Simplemente, lo llamé memo, ignorante y presuntuoso delante del decano, del rector magnífico y del alcalde de la ciudad durante la apertura oficial del pasado curso académico.

–¡Ah, solo eso! –comentó Gúmer–. ¿Y se lo tomó a mal? Hay que ver cómo es la gente... Además, seguro que se lo merecía.

–¡Pues sí! Se lo merecía; ahora reconozco que... que fue un patinazo por mi parte. Perdí los nervios durante un instante y, de resultas de aquel tonto incidente, me abrieron un expediente del tamaño de las obras completas de Vicente Blasco Ibáñez. Tres meses después, me echaron a patadas.

Mi ex compañero se cruzó de brazos, muy divertido, al parecer, con aquella historia.

–Sea como fuere, yo creo que has hecho bien dejando esa vida de funcionario –sentenció–. A los listos como tú les suele ir mejor en el mundo de la empresa privada. Y que hayas pasado de profesor de Lengua a investigador privado... ¡Bueno...! ¡Es la bomba! Espera a que lo cuente en la próxima cena de ex alumnos del cole. ¡Vas a ser la estrella!

Además, reconozco que te pega un montón. Si no recuerdo mal, eras el único de nuestra clase que leía novelas de detectives. Te las conocías todas de memoria.

–Eso no es cierto. También Blas Murga leía novelas de misterio.

–¡Ah, sí...! El bueno de Blas. ¿Sabes algo de él?

–Creo que se gana la vida como sujeto de experimentación para unos laboratorios farmacéuticos. Salió hace poco en los periódicos, cuando casi se va al otro barrio por un error en la dosis de un nuevo laxante.

–Pero tú sabías de novela negra más que Blas; más, incluso, que don Martín, el profesor de Literatura. Más que nadie. O sea, que encuentro natural y magnífico que, finalmente, hayas decidido convertirte en un moderno Miguel Strogoff.

–En un moderno Sherlock Holmes, querrás decir. Miguel Strogoff es el correo del zar, un personaje de Julio Verne que...

–Vale, hombre, vale –cortó mi ex condiscípulo–. Lo que tú digas, pesado. Solo pretendía decirte que creo que has acertado con el cambio.

Me sentí como un imbécil.

–Me... me alegra contar con tu aprobación, Gúmer –dije, tras un suspiro.

Gumersindo, de repente, volvió a sonreír, mientras recuperaba su tono de implacable vendedor de seguros.

–Conste, que no lo digo simplemente por quedar bien contigo, Fermín; y, para demostrarte que hablo en serio..., vengo dispuesto a ser tu primer cliente.

Parpadeé durante diez segundos, mientras rebobinaba en mi memoria su última frase. O Gúmer había tomado últimamente clases de interpretación con gran aprovechamiento..., o hablaba completamente en serio.

–¿Me tomas el pelo? –pregunté, por asegurarme.

–Por supuesto que no.

Pese a que en el colegio me había caído gordo desde el primer día; pese a que ahora aún me parecía más despreciable que entonces, con su traje de Armani y sus insoportables aires de nuevo-rico-hecho-a-sí-mismo, al escuchar aquellas palabras saliendo de su boca estuve a punto de echarme en brazos de Gumersindo y besarle la calva.

–¿Estás diciendo que vas a contratarme para investigar un caso? ¿Se trata de eso?

–Sí, Fermín, de eso se trata. Ni más ni menos.

Alcé los brazos, henchido de júbilo.

–¡Por todos los detectives de novela! –grité–. ¡Qué bien!

Luego, cambié el tono al tiempo que abría la puerta de mi piso y efectuaba una reverencia palaciega.

–Le ruego encarecidamente que pase usted a mi oficina, don Gumersindo. Es por aquí.

Las asquerosas manchas de humedad que presentaban las paredes de mi salón –pese a que algunas de ellas recordaban a los mejores cuadros de Antoni Tàpies–, hacían poco recomendable utilizar la pieza para recibir visitas y, mucho menos, posibles clientes.

20 Tanto los dormitorios como el cuarto de baño se encontraban, igualmente, a varios años luz de poder ser conside-

rados «en estado de revista». Salvo, quizá, por un buen aficionado a la parapsicología.

Por todo ello, la decisión de instalar provisionalmente mi despacho profesional en la cocina del viejo piso que mi padre me había dejado en herencia, en pleno casco viejo zaragozano, se había tornado inevitable. Por eliminación.

Al entrar en ella, retiré apresuradamente de la mesa los restos del desayuno de esa mañana. Y los de la cena, la comida y el desayuno del día anterior. En precario equilibrio, lo apilé todo en el fregadero, donde la vajilla utilizada a lo largo de los últimos días empezaba ya a generar verduzcos y sospechosos derivados de la penicilina.

Olía a botica antigua que tiraba de espaldas.

–Siéntate donde prefieras, Gúmer –dije, señalando sonriente la única silla disponible, de formica azul–. Perdona el desorden, pero no esperaba recibir tan pronto a mi primer cliente.

–Lo comprendo. No importa –dijo Gumersindo, sospechosamente acomodaticio–. Lo que necesito de ti no tiene que ver con tus habilidades domésticas.

–Afortunadamente. ¿Te apetece un café?

–Sí, gracias.

–Pues no tengo. ¿Te da igual un yogur? Está pasado de fecha, pero no creo que sea letal, todavía.

–Deja, deja, no te molestes, Fermín. Además, creo que últimamente estoy desarrollando intolerancia a la lactosa.

–Vaya por Dios. En fin..., nadie es perfecto. Lo sé por experiencia. ¿Un vasito de agua del grifo?

–Bueno.

–Vaya..., ahora veo que tampoco tengo vasos limpios. Pero puedes beber a morro, si quieres.

Abrí la ventana para ventilar la habitación. Al otro lado del minúsculo patio de luces, mi vecino Horacio, en camiseta de tirantes, rellenaba un crucigrama asomado al alféizar.

–Hola, profesor –me saludó–. A ver si puedes echarme una mano, tú que sabes de todo: «Cociente de la diferencia de presión barométrica de dos puntos geográficos, por la distancia entre ellos». Nueve letras.

–Gradiente –dije con cierta premura.

Horacio frunció el ceño con fiereza sobre el crucigrama.

–Gra... dien... te. ¡Atiza! ¡Pues es verdad! ¡Eso es! ¡Gradiente! Eres un hacha, Fermín. El mejor vecino que he tenido nunca. ¡Qué digo nunca! ¡Jamás!

–Sí, ya, bien..., ahora, discúlpame, Horacio, que tengo que atender a un cliente.

Bajé la persiana, abrí el grifo del agua fría y con un gesto invité a beber de él a Gumersindo.

Estuvo a punto de aceptar, pero cuando un temblor epiléptico se apoderó de las cañerías amenazando con echar abajo el alicatado de las paredes, me rogó que cerrase la llave.

–Déjalo, déjalo... Empiezo a tener algo de prisa y prefiero ir al grano, si no te importa.

Asentí, mientras adoptaba la actitud del perfecto oyente, cruzando los brazos sobre el pecho y afilando el entrecejo.

–¿Has leído los periódicos de hoy? –me preguntó.

–No. Aún no he bajado a comprar la prensa –dije, ocultando la verdad: que la adquisición diaria del periódico se

había convertido para mí en un lujo inalcanzable del que había prescindido meses atrás.

Mi amigo desplegó entonces un ejemplar del día del *Heraldo de Aragón*, que sacó, doblado, del bolsillo de la chaqueta. Leí el titular de primera plana:

GALINDO, EN PARADERO DESCONOCIDO

*La familia del famoso industrial
denuncia su desaparición.*

Nada se sabe de él desde el pasado sábado.

–¿Quién es este Galindo? –pregunté.

–Serafín Galindo Carriedo –puntualizó Gumersindo–. El propietario de Bragueros Galindo, la principal fábrica española de material clínico desechable.

–¡Ah, ese Galindo...!

Era un personaje muy conocido. Otro triunfador al estilo Gumersindo. En el último cuarto de siglo, había convertido la pequeña ortopedia heredada de su padre en un auténtico imperio. Jeringuillas desechables, guantes de látex de un solo uso, envases para gotero, recipientes para análisis, bolsas para la conservación de sangre, mascarillas, gorros y demás prendas de vestimenta quirúrgica, y muchos otros artículos de uso hospitalario conformaban un extenso catálogo que la empresa de Galindo fabricaba en quince países diferentes y suministraba a clínicas y hospitales de los cinco continentes.

–Una de las grandes fortunas del país, si no recuerdo mal.

–Recuerdas bien. Un tipo con muchísima pasta. Un triunfador.

–Sí, sí, de acuerdo. ¿Y por qué te interesa su desaparición? No serás pariente suyo...

Gumersindo se rascó el mentón y sonó como una escofina de carpintero. Ya antes de nuestra separación, la pelusa de adolescente se le había transformado en una barba tan cerrada que, si no se afeitaba dos veces al día, parecía Pedro Picapiedra.

–Verás, Fermín, ya sabes que me dedico a los seguros.

No pude evitar un gruñido sarcástico.

–Dicho así, parece que vayas vendiendo pólizas de puerta en puerta. Ya sé que eres un alto ejecutivo de no sé qué gran compañía.

–De la UAP: la *Union des Assurances de Paris*.

–De París, nada menos. ¡Qué chic!

–Personalmente, solo me encargo de operaciones importantes o poco usuales. Y precisamente hace un par de años logré convencer a Serafín Galindo para que subscribiese uno de nuestros seguros antisequestro. Supongo que sabes en qué consisten.

–Ni la menor idea.

No era cierto. En realidad, yo tenía una idea bastante aproximada de las características de esas pólizas pero, por alguna razón, supuse que a Gumersindo le encantaría explicármelo.

–Verás, dicho en palabras vulgares, la cobertura consiste básicamente en que, si durante el período de vigencia de la póliza raptan al asegurado, la compañía se hace cargo de pagar el rescate exigido por los secuestradores. En el caso de Galindo, sin límite de cantidad. Por supuesto, se

trataba de una póliza muy cara y con un riesgo muy contenido. Vamos, que parecía una magnífica operación para mi compañía. Tras la firma del contrato, mis jefes de la central de París me enviaron una carta de felicitación... y una advertencia adjunta: estaban contentos con mi capacidad de iniciativa, pero..., si la cosa salía mal, podía considerarme despedido.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

Gumersindo gruñó como un oso pardo.

—Chico, parece que te hayas vuelto tonto con los años. Galindo ha desaparecido y nadie sabe por qué ha sido.

—¡Oh, qué bonito pareado!

—¡Déjate de tonterías! Quiero saber qué ha pasado. A qué se debe su desaparición. Como puedes leer en el artículo, la prensa comienza a hablar ya de la posibilidad de que su familia esté ocultando un secuestro. Quiero que averigües el paradero de Galindo. Quiero saber antes que nadie dónde se encuentra. En especial, antes de que mis jefes de París se enteren a través de la reclamación de los familiares de Galindo. ¿Está claro?

Mientras encendía el butano, dispuesto a tostar en la sartén una rebanada de pan de ayer, eché un vistazo a las dos fotografías de Galindo que publicaba el *Heraldo*. Una, con la cara al descubierto. Era el típico retrato de fotomaton que uno se hace en cinco minutos para renovar el documento de identidad. La otra, con su aspecto más habitual: el rostro casi totalmente oculto por una mascarilla de tela, como las que utilizan los cirujanos. Eso sí, la mascarilla estaba confeccionada en tela a juego con el traje príncipe de

Gales que lucía el empresario. Un modelo exclusivo de su propia empresa, supuse.

–Un tipo raro –comenté.

–Rarísimo, sí. Pero como también es riquísimo, puede permitirse ser un excéntrico.

Realmente, habría preferido empezar mi nueva vida profesional con un caso más sencillo, como vigilar las andanzas de un marido infiel o algo similar. Pero mi precaria situación financiera no me permitía rechazar ni la más disparatada oferta de trabajo. Simulé dudar unos segundos, antes de asentir con la cabeza.

–De acuerdo, Gúmer. Por tratarse de ti, acepto el caso. Además, parece interesante.

–¡Estupendo! –exclamó él–. Pero... no hemos hablado de tus honorarios.

Cierto. Y lo peor era que el curso de la academia CEAC no daba ninguna pista a este respecto.

–Bueno..., la verdad es que aún no he confeccionado mis tarifas definitivas y...

–No puedo perder más tiempo con esto, Fermín –me interrumpió Gúmer–. ¿Qué te parecen veinticinco mil pesetas diarias? Gastos aparte, por supuesto.

Tuve que sujetarme con las dos manos al fregadero para no empezar a dar saltos de alegría. ¡Cinco mil duros al día!

–Eeh... ¡Bueh...! Me parece... correcto –logré articular–. Por tratarse de ti, quiero decir.

–Eso sí: quiero un informe diario y personal de los progresos de tu investigación. Aquí tienes mi número de teléfono.

–Descuida. Te llamaré puntualmente cada noche.

Gúmer se levantó de la silla, dejando clara su intención de marcharse, y me tendió la mano. Al estrechársela, no pude evitar una última pregunta.

–Oye, Gúmer, solo por curiosidad... Dime: ¿por qué yo?

–¿Cómo?

–Quiero decir... Debe de haber alrededor de cincuenta detectives privados en esta ciudad. Todos ellos, evidentemente, con mucha más experiencia que yo. ¿Por qué, entre todos ellos, me has elegido precisamente a mí, que aún soy un novato, para intentar resolver tu problema?

Gumersindo sonrió. No era una sonrisa afable, de compañero de pupitre. Era una sonrisa malévola, que me produjo un nuevo escalofrío. Su respuesta confirmó mis temores.

–Voy a confesarte algo que viene de muy atrás, Escartín.

–¿Qué es?

–En el colegio te odiaba –me dijo, sin ningún reparo–. Te odiaba a muerte. Desde el primer trimestre del primer curso hasta que nos dieron el diploma de Graduado Escolar, cuando te perdí de vista. No dejé de odiarte ni un solo día.

Sentí como si la garra de una enorme ave rapaz se hubiese clavado en mis tripas.

–¡Ah! Vaya –murmuré–. Nunca lo habría imaginado.

–Claro. ¿Cómo ibas a preocuparte tú, el más listo de la clase, por el odio y la envidia de un compañero tan anodino como yo? Pero lo cierto es que llegué a sufrir pesadillas contigo, Fermín. Curso tras curso, te veía obtener sobresalientes sin esfuerzo mientras yo pasaba las noches en blanco, estudiando como un opositor a notarías para sacar miserables aprobados. Naturalmente, quería ser como tú.

Soñaba con ser como tú. Deseaba sacar sobresalientes y matrículas de honor. Pero, cuanto más estudiaba, cuanto más me esforzaba, más crecía la distancia que nos separaba. Por fin, creo que fue en sexto curso, me convencí de que nunca lograría alcanzarte. Entonces me prometí a mí mismo que algún día... trabajarías para mí.

Tras esta confesión, nos miramos durante largo rato.

–Enhorabuena –dije, al fin, después de tragar saliva–. Tu sueño se ha cumplido. No todo el mundo puede decir lo mismo.